

La  
**ALEGRÍA**  
del  
**VIENTRE**

**Q**s hablaba de la alegría flamenca, de la alegría de Bruselas y os decía cómo ella ha de parecer algo infantil a un castellano. Algo poco serio, siendo como es, sin embargo lo más serio que cabe. Porque el niño, chico o grande, es el que toma en serio la diversión, es el que tiene conciencia de que el fin de la vida es el juego y acaso sabe o presiente que Dios hizo el mundo en juego y para divertirse.

Aquí, en Francia, hay un dicho que dice: *le portugais, toujours gai*, el portugués siempre alegre. Esto se dice no más que por la fuerza del consonante — «...a lo que obligas; hasta hacer elefantes las hormigas...» — y sin más sentido. Pero es corriente el creer que en los pueblos de mucha luz, de mucho sol, de cielo abierto, donde se puede vivir al aire libre, la gente es alegre. Y no suele ser así. El sol desnudo aplana y entristece. El color que alegra es el que viene de dentro y no el que viene de fuera. El lagarto que sestea al sol no juega.

Me he traído de Bélgica una obra que pasa allí entre la gente culta por ser el libro más hondamente nacional. Compáranlo algunos con el *Quijote* y le llaman el «*Quijote belga*». Es «la leyenda y las aventuras heroicas, gozosas y gloriosas de Ulenspiegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes y en otras partes». Su autor, Carlos de Coster, que murió hace ya una treintena de años y cuya gloria, más bien póstuma, no deja de crecer.

En el libro éste, de una maravillosa exuberancia de colorido, que se apoya en otro viejo libro picaresco alemán y flamenco, vemos el mismo Flandes que vemos en sus antiguos pintores: el Flandes de Brueghel, de Rubens, de Jordáens, de Teniers, de tantos otros. Muchas páginas del libro de Coster están, como me decía el profesor Wilmotte, inspiradas en las obras heroicas, gozosas y gloriosas de la pintura flamenca.

Como el libro, el *Quijote* de Flandes, pinta el estado de este país bajo la dominación española o mejor dicho, la dominación austríaca de Carlos V — primero de España — y su hijo Felipe II, dos Habsburgos, dos Austrias más que dos Aragoneses o Castellanos, no ahorra rechiflas y hasta sarcasmos a los españoles. «Lláname español... — *Appelle-moi Espagnol*, — dice una vez Ulenspiegel como si nosotros dijéramos: «Lláname perro judío...» Pero esto no puede impedir el que un español, y sobre todo un español que tenga conciencia de lo que bajo los Austrias sufrió la españolidad, aprecie todo el valor estético y moral del libro. Nuestras características, quisquillosidad y recelosidad, nuestra manía persecutoria, nos ha llevado hartas veces a

que juzgamos con severidad las culpas de nuestra historia. Ni hemos sabido ver todo lo que de hondo respeto, de admiración y a veces de cariño, hay bajo esas censuras a nuestro pasado de una tradición advenediza. Tal en Sarmiento.

Pues bien, en este libro de la leyenda de Ulenspiegel hay un pasaje muy significativo que explica la alegría flamenca. Es en el capítulo XLIII de la Primera Parte, y dice:

«Mientras que Ulenspiegel comía, Lamme le echaba el diente también a una tajada:

» — Sabes — le dijo — ¿dónde habita nuestra alma?

» — No, Lamme — dijo Ulenspiegel.

» — Es en nuestro estómago — contestó Lamme — para ahondarlo sin cesar y renovando siempre en nuestro cuerpo la fuerza de vida. ¿Y cuáles son los mejores compañeros? Son todos los buenos y finos manjares y el vino del Mosa encima.»

Y poco después Lamme, pensativo, dice: « — Cuando me muera, mi vientre se morirá conmigo y allí abajo, en el Purgatorio, se me dejará ayunando, paseando mi bandullo flojo y vacío.»

Véase qué sentimiento de la muerte, qué sentimiento de la inmortalidad, y qué sentimiento de la alegría de vivir. De la alegría de comer y beber diríamos mejor.

El libro de Coster, el *Quijote* de Flandes, nació de un libro picaresco germánico, de las aventuras de Ulenspiegel, como acaso no fueron nuestros libros picarescos, no fué nuestro Lazarillo, del todo extraños a la inspiración de Cervantes. Pero nuestros picaros ayunaban demasiado y el sentimiento del hambre, con el de la envidia — que es hambre espiritual — fueron dos trágicas músicas de nuestra literatura clásica. Recuérdese a Quevedo que tan hondamente comprendió y sintió el hambre y la envidia de los demás. Y del hambre y de la envidia nació la Inquisición.

«Cuando me muera, mi vientre se morirá conmigo...» dice Lamme Goedzak, al que algunos llaman el Sancho Panza flamenco. Y ahora se me argüirá con Sancho Panza y con las bodas de Camacho. Pero es que Flandes había pasado por Cervantes.

¡Alegría del vientre! ¡Alegría del vientre! Del vientre satisfecho, por supuesto. Como hay alegría de la inteligencia: de la inteligencia satisfecha.

Todo esto me trae por una larga y dolorosa asociación de ideas, a la memoria aquellos tremendos versos de nuestro gran poeta español, de Antonio Machado, aquellos versos que dicen: «un trozo de planeta — por el que pasa errante — la sombra de Cain...»

Y basta de cosas lúgubres.

MIGUEL DE UNAMUNO

